

## ACTO III.

---

### ESCENA PRIMERA.

Delante del castillo.

*Salen CASIO y algunos MÚSICOS.*

CAS. Tañed aquí, señores, que yo os pago:  
Una tonada breve, y de esa suerte  
Dareis al general los buenos días. (Música.)

*Sale el BUFON.*

BUF. ¿Qué es esto, señores? ¿Han estado en Nápoles vuestros instrumentos, que hablan tan gangosos?

MÚS. 1.º ¿Cómo, cómo?

BUF. Aquí tenéis dinero: le agrada tanto al general vuestra música, que os ruega por amor del cielo que no hagais más ruido con ella.

MÚS. 1.º Bien, gentilhombre, callaremos.

BUF. Si tenéis alguna música silenciosa que no se oiga, tocadla en nombre de Dios; pero en cuanto á oír música, como quien dice, el general, no lo puede sufrir.

MÚS. 1.º No conocemos semejante música.

BUF. Pues entónces, recoged los instrumentos, porque yo me voy. ¡Idos, desvanecedores; marchad! (Vánse los músicos.)

CAS. ¿Oyes, mi buen amigo?

BUF. No oigo á vuestro buen amigo, oigo á vos.

CAS. Déjate ya de chanzas. Aquí tienes una monedita de oro: si la dama que acompaña á la esposa del general está ya en pié, dile que hay un tal Casio que quisiera hablar un rato con ella. ¿Se lo dirás?

BUF. Está ya en pié, caballero; y si tropiezo con ella, la notificaré vuestra pretension.

CAS. Díselo, amigo. (Váse el bufon.)

*Sale YAGO.*

En hora buena, Yago.

YAGO. ¿No os acostasteis, pues?

CAS. Ya era de dia

Cuando nos separamos. Me he atrevido,  
Yago, á mandar á tu mujer recado,  
Rogándola cortés que me procure  
De la noble Desdémona una audiencia.

YAGO. Haré que salga á veros; y algun medio  
Discurriré para alejar al moro:  
Con más holgura así podreis hablarla.

CAS. Telo agradece el alma. (Váse Yago.)

No hallé nunca

Más amable y honrado florentino.

*Sale EMILIA.*

EMI. Felices, mi teniente. A fe, deploro  
Vuestra desgracia; pero estoy segura  
Que al fin tendrá remedio. Hablando de ella.  
Al general dejé con su consorte;  
Y ella os defiende con calor: el moro  
Contesta que el hidalgo á quien heristeis  
Es muy bien quisto y allegado en Chipre,  
Y hubiera sido falta de prudencia  
No exoneraros. Sin embargo, os quiere,

Y basta su amistad á reponeros  
 En vuestro empleo en ocasion propicia.  
 CAS. No obstante, os ruego, si hacedera y justa  
 Hallais mi pretension, que hagais porque hable  
 A solas con Desdémona un momento.  
 EMI. Venid conmigo: yo os pondré en tal sitio  
 Donde podais hablarla libremente.  
 CAS. Deudor os quedo por merced tan grande. (Vánse.)

## ESCENA II.

Una sala del castillo.

*Salen* OTELO, YAGO y varios CABALLEROS.

OT. Yago, estas cartas al piloto entrega:  
 Que ofrezca mis respetos al Senado.  
 Yo en tanto me dirijo á las murallas;  
 Allí me encontrarás.  
 YAGO. Lo haré, mi jefe.  
 OT. ¡Quereis inspeccionar, señores míos,  
 El fuerte aquel.  
 CABALLEROS. A la órden vuestra estamos. (Vánse.)

## ESCENA III.

El jardin del castillo.

*Salen* DESDÉMONA, CASIO y EMILIA.

DES. Descuídate, buen Casio; no te apures:  
 Todo pondré por obra en favor tuyo.  
 EMI. Hacedlo así, señora; mi marido  
 Lamenta el lance como cosa propia.  
 DES. Alma honrada es la suya. Créeme, Casio,  
 En breve os he de ver á tí y á Oteló  
 Tan amigos como ántes.  
 CAS. Noble dama,

Sea de Miguel Casio lo que fuere,  
Siempre será rendido esclavo vuestro.

DES. Lo sé, y lo estimo. Amais á mi marido;  
Tiempo há que os conoceis, y estad seguro,  
Se apartará de vos tan sólo en tanto  
Que la prudencia lo aconseje.

CAS. Empero,  
Tanto podrá durar esa prudencia,  
De sustento tan ruin podrá nutrirse,  
Ó renovarse por tan leve causa,  
Que, estando ausente y otro en mi destino,  
Olvide el general mi amor y celo.

DES. No temas nada: aquí es testigo Emilia  
De que respondo de tu empleo. Créeme,  
Cuando hago voto de amistad, sin falta  
Suelo tambien cumplir lo que prometo.  
No he de dejar en paz á mi marido;  
Sus pasos seguiré; de noche y día  
Importunarle quiero en favor tuyo;  
Convertiré su lecho en una escuela,  
Su mesa en oratorio; en cuanto haga  
Sabré mezclar la pretension de Casio.  
Alégrate, por tanto, pues te juro  
Que tu abogado morirá primero  
Que abandonar tu causa.

EMI. Mi amo viene.

CAS. Señora, me despido.

DES. Nó, quedaos,  
Y oidme hablar.

CAS. No puede ser ahora:  
Estoy desazonado y mal dispuesto  
A promover mi causa.

DES. Como os guste. (Váse Casio.)

*Salen OTELO y YAGO.*

YAGO. ¡Ay! eso no me agrada.

OT. ¡Qué murmuras?

YAGO. Nada, señor; ó si... No sé qué dije.

OT. ¿Pues no era Casio el que dejó á mi esposa?

YAGO ¿Casio, señor? No tal: pensar no puedo  
Que se escurriera tan furtivamente,  
Viéndoos llegar.

OT. Pues que fué Casio creo.

DES. Mi amor, ¿estás de vuelta? Hablando estaba  
Con cierto pretendiente; un desdichado  
A quien tu enojo aflige.

OT. ¿A quién aludes?

DES. A Casio, tu teniente. Dueño mio,  
Si mi cariño, si mi fe te mueve,  
Admite sin demora sus excusas;  
Si Casio no te quiere, si no yerra  
Por ignorancia más que por malicia,  
De caras nada entiendo. Te suplico  
Que le repongas.

OT. ¿Fuése hace un instante?

DES. Sí tal; mas tan rendido, tan humilde,  
Que parte me dejó de su tristeza  
Para penar con él. Que vuelva, amado.

OT. Aún no; otra vez, Desdémona querida.

DES. ¿Mas será pronto?

OT. Gracias á tu ruego.

DES. ¿Cuándo? ¿Esta noche á la hora de la cena?

OT. Nó; no esta noche.

DES. Pues mañana entónces,  
A la hora de comer.

OT. No cómo en casa.  
En el castillo habrá reunion de jefes.

DES. Pues bien, mañana por la noche, ó martes  
Por la mañana, ó por la tarde, ó noche,  
O á primer hora el miércoles: te ruego  
Que el plazo fijes; pero que no pase  
Del tercer dia. Está ya arrepentido;  
Aunque su falta, á nuestro juicio llano  
(Por más que dicen que la guerra exige  
Que sirvan de escarmiento los mejores),

No es mas que un pecadillo, digno sólo  
De critica privada. Dime, Otelo:

¿Cuándo podrá volver? No sé, á fe mia,

¿Qué me pidieras tú que te negara,

Ni en qué pensara tanto? ¿No fué Casio

El confidente fiel de tus amores?

¿Aquel que tantas veces, cuando injusta

Hablé tal vez de tí con menosprecio,

Te defendió? ¿Pues cómo cuesta tanto

El perdonarle? A fe, no sé qué haria...

Or. Basta, por Dios. Que venga cuando quiera.  
No he de negarte nada.

DES. Esto no es gracia:

Es cual si te pidiese que gastases

Guantes, y te abrigaras, y comieras

Manjares nutritivos; es lo mismo

Que suplicarte porque tú te cuides.

Fuera mi pretension de mayor peso,

Ó cosa que exigiera sacrificio,

Ó esfuerzo de tu amor ¡ay! en tal caso

Seria menester que lo midiese,

Y lo pesase bien, y aún costaria,

Sin duda, mil sudores el lograrla.

Or. No he de negarte nada. En cambio sólo

Te pido que una súplica me otorgues:

Déjame un rato con mí mismo á solas.

DES. ¿Podré negarlo? Ah, nunca. Adios, mi dueño.

Or. Mi Desdémón, adios: te sigo en breve.

DES. Emilia ven. (A Otelo.) Tu gusto sigue: sea

Cual fuere, siempre me hallarás sumisa.

(Váanse Desdémón y Emilia.)

Or. ¡Sér adorado! ¡Piérdase mi alma,

Si no te quiero! y cuando no te quiera,

En caos se convierta el universo!

YAGO. Mi noble general.

Or. Yago, ¿qué dices?

YAGO. ¿Supo de vuestra llama Miguel Casio,

Cuando la córte á mi señora haciais?

OT. Sí, del comienzo al fin. ¿Por qué preguntas?

YAGO. Para satisfaccion de mis recelos;

Por nada malo.

OT. Yago ¿qué recelas?

YAGO. Pues no creia yo que la trataba.

OT. Pues sí; medió más de una vez entre ambos.

YAGO. ¿De veras?

OT. ¡Pues! de veras; sí, de veras.

¿Te choca acaso? ¿no es honrado?

YAGO. ¿Honrado?

OT. Honrado, sí, honrado.

YAGO. En cuanto sepa...

OT. ¿Qué piensas?

YAGO. ¿Piensas?

OT. ¡Piensas! ¡Vive el cielo!

¡Repíte como el eco mis palabras,

Cualsi en su mente hubiera oculto un monstruo

Asaz horrible para revelado!

Algo sospechas. Poco há, al separarse

Casio de mi mujer, dijiste que eso

No te agradaba. Di: ¿qué no te agrada?

Y cuando dije que él habia sido

En mis amores parte y consejero,

¿De veras? exclamaste; y caviloso

Frunciste el ceño, como si encerrara

Algun concepto horrible tu cerebro.

Si me amas, no me ocultes lo que piensas.

YAGO. Señor, sabéis que os amo.

OT. Así lo creo.

Y porque sé que me amas, y eres justo,

Y ántes de hablar meditas lo que dices,

Por eso mismo en tí esas reticencias

Me asustan más. En hombre vil y aleve,

Son hábitos comunes tales mañas;

Pero en el pecho honrado son indicios

Secretos que del alma, á pesar suyo,

En ira noble ardiendo, se desprenden.

YAGO. En cuanto á Miguel Casio, oso jurarlo:

Lo creo honrado.

OT. Así también lo creo.

YAGO. Debiera ser lo que parece el hombre;  
Y cuando no, no aparentarlo.

OT. Ciertamente,

Debiera ser lo que parece el hombre.

YAGO. Por tanto, tengo á Casio por honrado.

OT. No; no me dices todo. Yo te exijo  
Que me hables como piensas y cavilas,  
Y manifiestes tu peor recelo  
En los peores términos.

YAGO. Mi jefe,

Os ruego, perdonad. Bien sé que en todo  
Me manda obedeceros la ordenanza,  
Mas no en aquello en que el esclavo es libre.

Quereis que manifieste lo que pienso:

¿Y si alevoso fuera, vil y torpe?

¿Pues qué palacio habrá en que no penetre

Lo inmundo alguna vez? ¿Ni cuyo pecho

Tan puro siempre fué que nunca diera

Cabida á torpe duda? ¿en dónde aleve

Sesion no celebrara, junta ó juicio

Con el discurso recto la vileza?

OT. Contra tu amigo conspiraras, Yago,

Si ofendido juzgándole, dejaras

A tu sospecha extraños sus oídos.

YAGO. Os ruego por favor—por si viciosa

Pudiera ser tal vez mi conjetura,

Paes, lo confieso, me atormenta el ánsia

De averiguar deslices, y hartas veces

Descubre mi recelo mil delitos

Do no los hay—que aún no haga caso alguno

Vuestra cordura de hombre tan propenso

A juzgar mal, ni la quietud os roben

Cavilaciones vagas é inseguras.

Ni á vuestro bienestar, ni á vuestra calma,

Ni á mi honradez, mi seso y valentía

Conviene el revelaros lo que pienso.

OT. ¿Qué me querrás decir?

YAGO. ¡Ay! el buen nombre  
 En hombre y en mujer, querido jefe,  
 Es el mayor tesoro de sus almas.  
 Quien roba mi bolsillo, roba cieno:  
 Es algo; es nada: mio fué, y es suyo,  
 Y esclavo ha sido de cien mil. En cambio,  
 Quien me hurta mi buen nombre, un bien me quita  
 Que á él no enriquece, mas que á mí me deja  
 Pobre en verdad.

OT. ¿Qué piensas? ¡Vive el cielo!  
 ¡Lo he de saber!

YAGO. Fuera imposible, áun cuando  
 En vuestra mano el corazon pusiere;  
 Ni será nunca, miéntas yo lo guarde.

OT. ¡Cómo!

YAGO. ¡Señor, cuidado con los celos!  
 El monstruo de ojos verdes que se burla  
 Del alma en que se ceba. Es venturoso  
 El engañado que su oprobio sabe,  
 Y odia á la engañadora; pero, en cambio,  
 ¡Qué ratos tan amargos pasa el pobre  
 Que adora y duda, que recela y quiere!

OT. ¡Tormento atroz!

YAGO. El pobre, satisfecho,  
 Es rico y más que rico: el rico, en cambio,  
 Que teme empobrecer á todas horas  
 Más pobre es que el invierno, áun cuando tenga  
 El oro todo que la tierra esconde.  
 ¡Piadoso cielo, á mis amigos todos  
 De celos libra!

OT. ¡Qué! ¿Qué es eso? ¿Piensas  
 Que he de pasar mi vida en locos celos,  
 Mudando de sospechas con las fases  
 Instables de la luna? ¡Ah, no! Todo uno  
 En mí será el dudar y el resolverme.  
 Llámame bruto el dia en que me vieras  
 Parar la mente y ocupar el alma,

Cual tú, en fantasmas vanas y sospechas  
Jamás me causa celos el decirme  
Que es bella mi mujer, que se regala,  
Que gusta de tertulias y de bromas,  
Que canta con primor, que baila y tañe.  
Donde hay virtud, mayor será con eso.  
Tampoco engendra en mí recelo ó duda  
De su firmeza mi valía escasa.  
Ojos tenía y me eligió. No, Yago;  
Sin ver no he de dudar; y estando en duda,  
He de adquirir la prueba; y adquirida,  
No hay más remedio que acabar cuanto ántes,  
O con el loco amor, ó con los celos.

YAGO. Bien; que me place. Así tendré licencia  
Para mostrar con ánimo más franco  
La ley y amor que os tengo. Recibidlo  
Cual cumplimiento de un deber: de pruebas  
Nada hablo aún. Celad á vuestra esposa;  
Miradla atento cuando esté con Casio,  
Con ojos ni confiados ni celosos.  
No quiero que vuestra alma noble y franca  
De su bondad tal vez víctima sea.  
Alerta pues; conozco yo á mi gente:  
Allá en Venecia la mujer descubre  
Al cielo cosas que al marido oculta,  
Y su mayor virtud estriba al punto,  
No en no pecar, sino en guardar secreto.

OT. ¿Eso me cuentas?

YAGO. Engañó á su padre  
Casándose con vos; y cuando esquiva  
Al parecer temblaba sólo al veros,  
Os adoraba más.

OT. Por cierto.

YAGO. ;Entónces!  
La que fingir tan niña supo artera,  
Hasta vendar los ojos de su padre  
(Lo tuvo por hechizo)... Pero ¿qué hago?  
Perdon humilde os pido; soy culpable

De amaros con exceso.

Ot. Eternamente  
Te lo he de agradecer.

YAGO. Señor, advierto  
Que os han desconcertado mis palabras.

Ot. Ni por asomo; nada.

YAGO. A fe, lo temo.  
Por Dios, reflexionad que lo que dije  
Procede de mi amor. Que estais turbado,  
Mi jefe, advierto: por favor os pido  
Que no querais prestar á mis palabras  
Peor sentido, ni mayor alcance,  
Del que conviene dar á una sospecha.

Ot. Así lo haré.

YAGO. Pues de otra suerte, cierto,  
Tuvieran más funesto resultado  
Del que pensé. Casio es mi digno amigo...  
Que estais turbado advierto.

Ot. No gran cosa.  
Yo pienso que Desdémona es honrada.

YAGO. Por muchos años séalo! ¡por muchos  
Tenedla vos por tal!

Ot. Y sin embargo,  
Cuando naturaleza á errar comienza...

YAGO. Ahi está el mal; y (para seros franco)  
El desdeñar partidos ventajosos  
De su nacion, su calidad y raza,  
Cuando natura á lo contrario tiende,  
¿Qué? no revela inclinacion lasciva,  
Sentido avieso, torpes pensamientos?  
Mas perdonad; al sospechar, no aludo  
Precisamente á ella, aun cuando tema  
Que, al recobrar el seso su sentido,  
Pudiera compararos con los mozos  
De su nacion, y arrepentirse luego.

Ot. Adios, adios: y si algo más adviertes,  
Cuéntame más. A tu mujer encarga  
Que los observe. Déjame; vé, Yago.

YAGO. Mi general, me voy; que el cielo os guarde.  
(Se aleja un poco.)

OT. ¿Por qué casé? Sin duda este hombre honrado  
Ve y sabe mucho más de lo que cuenta.

YAGO. (Volviendo.) Mi general, os ruego con el alma  
Que en eso no penseis. Dejadlo al tiempo.

Y aunque es muy justo que á su empleo vuelva  
Casio, pues bien lo desempeña, cierto,  
No obstante, si os parece, posponedle  
Por algun tiempo más, y de ese modo  
Os será fácil conocerle á fondo.

Notad si vuestra esposa insiste mucho  
Y con vehemente afan que pronto vuelva.

Eso os dirá bastante; y miétras tanto,  
Pensad que fuí precoz en mis temores  
(Y que lo soy me temo con motivo)

Y á ella por fiel tened, mi jefe, os ruego.

OT. No temas nada.

YAGO. Vuelvo á despedirme. (Váse.)

OT. Este es un hombre por extremo honrado;

Y su alma esclarecida bien á fondo

Conoce el trato humano. ¡Ay! halcon mio,

Si te encontrase fiero, aunque tuviera

Al corazon tus grillos amarrados (1),

Te soltaria, al viento te arrojara

A caza de fortuna.—¡Por desdicha,

Por ser yo negro, porque no poseo

Del cortesano ameno el trato fácil,

O porque cuesta abajo van mis años?...

Pero eso poco importa... ¡Ay! ¡la he perdido!

¡Burlado quedo, y mi único consuelo

Será el odiarla! ¡Oh maldicion eterna

Del lazo conyugal: llamarse dueño

De un sér tan tierno y no de sus pasiones!

Mejor quisiera ser hediondo sapo

---

(1) Grillos, correas de cuero estrechas con que se sujetaba por la garra al puño del cazador el halcon adiestrado para la caza de altanería.

Y el aire respirar de un calabozo,  
 Que reservar en el amado seno  
 Breve rincón para el ajeno goce.  
 Mas tal es el castigo de los grandes,  
 Méenos aventajados que la plebe,  
 Su sino, cual la muerte inevitable;  
 Desde el primer aliento que inhalamos,  
 Se cierne horcada sobre nuestra frente  
 Tal maldición.—Desdémón se acerca.

*Salen DESDÉMÓN y EMILIA.*

¡Si es ella infiel, de sí se burla el cielo!  
 ¡No quiero creerlo!

DES. Ven, Oteló mio.  
 Te esperan la comida y los valientes  
 Isleños que al banquete convidaste.

OT. ¡Necio de mí!

DES. ¿Por qué hablas tan callado?  
 ¿Te sientes mal?

OT. Me duele aquí la frente.

DES. Es de velar, sin duda. No te apure;  
 Te la ataré ceñida, y en un hora  
 Tendrás alivio. (Hace ademán de atarle el pañuelo.)

OT. Es chico tu pañuelo.  
 (Aparta de sí el pañuelo, y cae.)

Déjalo. Ven; adentro voy contigo.

DES. El verte padecer me causa pena.  
 (Vánse Oteló y Desdémón.)

EMI. ¡Oh gozo! al fin con el pañuelo he dado.  
 Fue el primer don de amor que dióla el moro:  
 Mil veces que lo hurtara testarudo  
 Mi esposo me rogó; mas lo ama tanto  
 (Él la encargó que lo guardase siempre),  
 Que no lo suelta nunca, y á menudo  
 Lo besa y mima. Haré que saquen copia  
 De la labor, y se lo entrego á Yago.  
 Qué hará con él no sé: sábelo el cielo;  
 Mi solo intento es contentar su anhelo.

*Sale YAGO.*

YAGO. ¿Qué haces aquí tan sola?

EMI. No me riñas:

Tengo algo para tí.

YAGO. ¿Para mí algo?

Gran cosa...

EMI. ¡Pues!

YAGO. Es una esposa boba.

EMI. ¡Y nada más! Pues di: ¿qué quieres darme  
Por el pañuelo aquel?

YAGO. ¿Por qué pañuelo?

EMI. ¡Por qué pañuelo! por aquel que el moro  
Le regaló á Desdémona primero,  
Y hurtarle me mandaste tantas veces.

YAGO. ¿Se lo has hurtado?

EMI. No; que inadvertida

Dejólo caer al suelo, y recogilo.

Mira, aquí está.

YAGO. Pues dámelo, pichona.

EMI. ¿Qué harás con él? ¿A qué fué tanto empeño  
En que lo hurtara?

YAGO. (Arrebatándolo.) ¿Qué te importa? Venga.

EMI. Si no es por un asunto de importancia,  
Devuélvemelo, Yago, te lo ruego.

Pobre señora, volveráse loca

Cuando su falta advierta.

YAGO. Nada digas:

Lo he menester para algo. ¿Entiendes? Véte.

(Vase Emilia.)

En el cuarto de Casio este pañuelo

He de perder, porque él allí lo encuentre:

Sombras livianas como el aire vano

Son á los ojos del celoso pruebas

Irrefutables como el Evangelio.

Esto dará su efecto. Mi ponzoña

Ya empieza á obrar del moro en las entrañas.

Veneno son las pérfidas sospechas;

Ni al paladar en un principio ofenden,  
 Mas en filtrando luego por la sangre,  
 Abrasan como cráteres de azufre.  
 Lo dicho: vedle allí.

*Sale OFELO.*

Ni adormidera,  
 Beleño, ni mandrágora, ni todos  
 Los zumos soporíferos del mundo  
 Podrán apropiarte el dulce sueño  
 Que disfrutaste ayer.

OT. ¡Ah! ¡infel conmigo!

YAGO. ¿Mi general, qué escucho? No más de eso

OT. ¡Aparta, ve! Me has puesto tú en un potro.

Juro que vale más ser engañado  
 Del todo, que abrigar sólo una duda.

YAGO. ¿Qué es esto, general?

OT. ¿Qué me importaban

A mí sus ratos de lascivia oculta?

Yo no lo oía, no pensaba en ello;

No me dolía nada, y con reposo

A la siguiente noche me dormía;

Jovial, alegre estaba; ni en sus labios

Noté de Casio los ardientes besos.

Pues el robado, si no advierte el robo,

Que no lo sepa, y no le roban nada.

YAGO. Me dan esas razones honda pena.

OT. Feliz pudiera ser aunque la hueste

Entera, y aún los rudos gastadores,

Gozado hubiesen de su cuerpo dulce,

Con tal de no saberlo. ¡Ora, por siempre

Adios, quietud del alma! ¡adios contento!

¡Tropa emplumada adios! y ardua pelea,

Tú que en virtud el ambicion conviertes,

¡Oh, adios! Adios corceles relinchantes,

Aguda trompa, bélicos tambores,

Y pífano marcial, regio estandarte.

Excelsa pompa, claro brillo, orgullo

Y arreos todos de la lid gloriosa,

¡Adios! ¡Cesó la ocupacion de Oteló!

YAGO. ¡Señor, será posible!

Ot. ¡Ruin villano,

Pruébame que es adúltera mi amada!

¡Lo entiendes bien? ¡Prueba ocular exijo!

Si no, por la salud de mi alma eterna,

¡Más te valiera haber nacido perro,

Que el arrostrar mi cólera encendida!

YAGO. ¡A extremo tal llegó?

Ot. ¡Haz que lo vea;

O por lo ménos pruébalo de suerte

Que en la comprobacion no quede gancho

Ni hueco alguno donde duda quepa,

¡Oh, ay de tu vida!

YAGO. Ilustre jefe mio...

Ot. Si la calumnias, dándome tormento,

No reces más; no te remuerda nada;

Horrores sòbre horrores acumula;

Comete atroces crímenes que al cielo

A llanto muevan y á la tierra á espanto;

Pues á tu eterna perdicion no añades

Pena mayor.

YAGO. ¡Favor, bondad celeste!

¡Sois hombre acaso? ¡habeis perdido el juicio?

Quedad con Dios. Tomad mi empleo. ¡Oh necio,

Cuya virtud por vicio es estimada!

¡Oh mundo infame! Advierte, advierte, oh mundo;

Es peligroso ser honrado y franco.

Gracias por la leccion. De hoy más protesto

No amar á nadie, si el amor da esto.

Ot. Oye, detén: debieras ser honrado.

YAGO. Debiera ser astuto, mentecata

Es la honradez, que en balde se fatiga.

Ot. ¡Por vida mia! Que es honrada creo

Mi esposa, y no lo creo; que eres justo

Y que no lo eres pienso. Quiero pruebas.

Su nombre, un tiempo cual la faz de Cintia,  
 Es ahora oscuro y negro cual mi rostro.  
 Mientras cordeles y cuchillos haya,  
 Veneno, fuego, ó anegadores rios,  
 No he de aguantarlo. ¡Ay! quién me diera pruebas!

YAGO. Señor, que os rõe la pasion advierto,  
 Y me arrepiento de haber sido franco.  
 ¿Pruebas quereis?

OT. ¿Si quiero? No; tendrélas.

YAGO. Y bien podeis. Mas ¿cómo convencersos?  
 ¿Quereis, grosero espectador, mirarlos?...  
 ¿Verla en el acto?

OT. ¡Oh maldicion! ¡oh muerte!

YAGO. Sospecho, fuera empresa asaz difícil  
 Lograr que ese espectáculo ofrecieran.  
 Entónces... ¡Maldicion! No; buen cuidado  
 Tendrán de que jamás folgar los vean  
 Otros mortales ojos que los suyos.  
 Entónces, ¿cómo, cuándo, de qué suerte?  
 ¿Qué he de deciros? ¿Cómo convencersos?  
 Es imposible que veais tal cosa;  
 Aunque estuviesen rancios como cabras,  
 Ardientes como monos, lujuriosos  
 Como encelados lobos, lerdos, torpes  
 Cual la ebria estupidez. No obstante, os digo  
 Que si os convencen pruebas manifiestas,  
 Indicios claros que á la puerta misma  
 De la verdad conducen, tales tengo.

OT. Dame de su traicion prueba evidente.

YAGO. Os juro que el oficio no me gusta;  
 Mas ya tan engolfado en este asunto,  
 No vuelvo atras. Yací con Casio há poco,  
 Y atormentado con dolor de muelas,  
 Dormir no pude. Hay hombres tan livianos  
 De espíritu, que en sueños tal vez charlan  
 De sus asuntos. Casio es uno de éstos.  
 Le oí decir en sueños: « Mi Desdémona,  
 Seamos cautos, nuestro amor encubre. »

Luego con fuerza me apretó la mano,  
 Diciendo: «¡oh dulce prenda!» y me besaba  
 Con tal ardor, cual si arrancar quisiere  
 Por la raíz los besos de mis labios.  
 Cruzóme con la pierna luego el muslo  
 Y suspiró; besóme y gritó luego:  
 «¡Maldita suerte que del moro te hizo!»

OT. ¡Oh, atroz! ¡atroz!

YAGO. Un sueño fué tan sólo.

OT. Revela empero un hecho consumado.

Fatal indicio, áun cuando un sueño fuere.

YAGO. Podrá servir de apoyo á muchas pruebas  
 Que aún no convencen.

OT. La he de hacer pedazos.

YAGO. Mas sed prudente. Nada sé de fijo;

Podrá ser fiel aún. Decidme sólo:

¿Alguna vez no visteis un pañuelo,  
 En manos de Desdémona, con fresas,  
 Bordado con primor?

OT. Sí; parecido

Uno le dí; fué mi primer regalo.

YAGO. Eso no sé; mas con un tal pañuelo  
 (Seguro estoy que fué el de vuestra esposa)

A Casio ví limpiándose el bigote.

OT. Si fuera aquel...

YAGO. Aquel, ó cualquier otro;

En siendo suyo es un indicio que habla

Junto con los demas en contra de ella.

OT. ¡Tuviera el miserable cien mil vidas,

Pues para mi venganza poco es una!

Ya veo que es verdad. ¡Ay! Mira, Yago,

De un soplo al cielo así mi amor arrojó:

Voló. ¡De tu antro sal, venganza negra!

¡Cede tu trono, oh amor, el pecho amante,

Y tu corona al déspota del odio!

¡Hinchate, seno, grave con el peso

De viperinas lenguas!

YAGO.

Serenaos.

Ot. ¡Oh! ¡sangre, Yago, sangre!

YAGO. No, paciencia.

Tal vez podreis mudar de pensamiento.

Ot. Yago, jamás. Bien como el Ponto helado,

Cuya veloz corriente impetuosa

Jamás refluye, mas constante corre

Al propóntico mar y al Helesponto,

Así mis pensamientos sanguinarios

No han de mirar atrás en su violenta

Feroz carrera, ni menguar al tierno

Influjo del amor, miéntras cumplida

No las engulla mi fatal venganza.

Por ese cielo azul, con el debido (Se arrodilla.)

Respeto al sacro voto, aquí lo juro.

YAGO. No os levanteis aún. (Se arrodilla.) Atestiguadlo

Vosotros, siempre fúlgidos luceros,

Vosotros, elementos que ahora en torno

Nos circundais, atestiguad que Yago

Consagra la aptitud de su talento,

Su corazón y brazo al fiel servicio

Del ultrajado Otelo! Que él disponga,

Y en mí el cumplir será deber sagrado,

Por sanguinaria que la empresa sea. (Se levantan.)

Ot. Te lo agradezco; no con huecas frases,

Sino aceptando tu lealtad gozoso;

Y en el instante he de ponerla en obra.

Puedas decirme dentro de tres días:

Casio no vive ya.

YAGO.

Murió mi amigo;

Vos lo pedis, pues dadlo ya por hecho.

Mas que ella viva.

Ot.

¡No! ¡maldita sea!

¡Vaya al infierno la lasciva moza!

Ven, sígueme. Con tiento me retiro

A procurarme medios de dar muerte

Pronta al hermoso diablo. Ya eres, Yago,

Teniente mio.

YAGO.

Vuestro soy por siempre. (Váanse.)

## ESCENA IV.

Delante del castillo.

*Salen* DESDÉMONA, EMILIA *y el* BUFON.

DES. Di, pícaro: ¿sabes dónde se retira Casio?

BUF. En parte alguna, que yo sepa.

DES. ¿Cómo?

BUF. Es soldado, y decir que un soldado se retira, es darle de puñaladas.

DES. Vamos: ¿Dónde se aloja?

BUF. Si os dijera donde se aloja, no haria sino mentir.

DES. ¿No acabarás?

BUF. No sé dónde se aloja, é improvisar ahora una posada, y decir: aquí se aloja, ó allí se aloja, fuera alojarme á mí mismo en pecado mortal.

DES. ¿Podrás preguntar por él, é informarte por lo que te dijeren?

BUF. Voy á catequizar al mundo entero en busca suya; es decir, preguntaré, y segun sean las respuestas os contestaré.

DES. Búscale; dile que venga acá; y anúnciale que he movido á mi esposo á favor suyo, y que espero que todo se remediará.

BUF. Lo que me mandais no excede los límites de la comprension humana, y por tanto voy á acometer la empresa. (Váse.)

DES. ¿Do habré perdido aquel pañuelo, Emilia?

EMI. Señora, no lo sé.

DES. Mejor quisiera  
Haber perdido, créelo, mi bolsillo  
Repleto de cruzados. Si no fuese  
Mi noble moro de alma franca, libre  
De la bajeza propia del celoso,

Fuera bastante á darle algun recelo.

EMI. ¿Pues no es celoso?

DES. El patrio sol, colijo,

Purgó su sér de todos esos vahos.

EMI. Ved donde viene.

DES. No le dejo miétras

No llame á Casio.

*Sale OTELO.*

DES. ¿Cómo estás, mi Oteló?

OT. Muy bien, querida esposa. (Aparte) ¡Cuánto cuesta

Disimular!—¿Qué tal te va, Desdémona?

DES. Bien, dueño mio.

OT. Dame acá tu mano.

Húmeda está esta mano, esposa mia.

DES. Ni edad sintió, ni conoció pesares.

OT. Denota un pecho liberal, fecundo.

Ardiente, ardiente y húmeda: requiere

Recogimiento, ayuno y oraciones,

Fervor devoto, penitencia mucha;

Pues hay un diablo aquí caliente y jóven,

Que á veces se rebela. Mano tierna,

Y franca asaz.

OT. Bien puedes tú decirlo:

Pues fué esta mano la que dióte el alma.

OT. ¡Mano tan liberal! Antiguamente

Hacia don el alma de la mano;

Hoy la moderna heráldica requiere

Manos sin alma.

DES. De eso nada entiendo.

¿Olvidas tu promesa?

OT. ¿Qué promesa?

DES. Mandé por Casio para hablar contigo.

OT. Cruel, tenaz catarro me molesta:

Préstame tu pañuelo.

DES. Toma, esposo.

OT. Aquel que yo te dí.

DES. Pues no lo traigo.

Ot. ¿No?

DES. Á fe que no.

Ot. Pues esa es una falta.

Aquel pañuelo dióselo á mi madre  
 Una gitana, una hechicera diestra  
 En leer los pensamientos de las gentes;  
 Y díjole que miéntras lo guardare,  
 Tendria encanto siempre y cautivaran  
 Sus prendas á mi padre; pero en cambio,  
 Si lo perdiese, ó alguna vez lo diese,  
 Fuera á los ojos de mi padre odiosa,  
 Y en otro cuerpo halago buscaria.  
 Díómelo á mí al morir, y ella me impuso  
 Que se lo diese yo á mi esposa cuando  
 El hado me la diere. Así lo hice:  
 Guárdalo bien por tanto, y con cariño,  
 Como á las niñas de tus caros ojos;  
 Pues el perderlo ó el regalarlo fuera  
 Desdicha sin igual.

DES. ¿Será posible?

Ot. Es cierto. En el tejido hay mágia oculta:

Una sibila que su altivo curso  
 Vió recorrer al sol doscientas veces,  
 En su furor profético bordólo;  
 Y los gusanos que la seda hilaron  
 Estaban consagrados; fué teñido  
 En momia (1) por los diestros preparada  
 De corazon de vírgen.

DES. ¿Será cierto?

Ot. Ciertísimo: por tanto, no lo pierdas.

DES. Pluguiera á Dios que no lo viera nunca.

Ot. ¡Cómo! ¿Por qué?

DES. ¿Por qué hablas tan de prisa?

¿Con tal enojo?

Ot. ¿Acaso lo perdiste?

---

(1) El licor balsámico que despiden las momias era apreciado antiguamente por su virtud antiepiléptica, virtud imaginaria, por supuesto.

¿Despareció? ¿Se extravió? Responde.

DES. ¡El cielo nos proteja!

OT. ¿Qué replicas?

DES. No lo he perdido. Y si lo hubiera acaso...

OT. ¿Cómo?

DES. Te digo que no lo he perdido.

OT. Búscalo: que lo vea.

DES. Bien podría,  
En este instante mismo; mas no quiero.

Mi pretension en vano así rehuyes:

Te ruego por merced, repon á Casio,

OT. Dame el pañuelo. A sospechar empiezo.

DES. Vamos, Otelo, vamos; sé que nunca

Encontrarás á otro hombre más perito.

OT. ¡El pañuelo!

DES. Mas háblame de Casio.

OT. ¡El pañuelo!

DES. Varon que en todo tiempo

Fundó en tu proteccion su buena suerte;

Que mil peligros compartió contigo...

OT. ¡El pañuelo!

DES. Por cierto, no eres justo.

OT. ¡Quita! (Váse Otelo.)

EMI. ¿No tiene celos este hombre?

DES. Nunca le he visto así. Seguramente

Algun hechizo esconde aquel pañuelo.

Cuán desdichada soy con su extravío.

EMI. Noensólo un año ó dos se aprecia á un hombre,

Estómagos son ellos, cuyo pasto

Somos nosotras: ávidos nos tragan,

Y cuando ya están hartos, nos arrojan.

Ved donde vienen Casio y mi marido.

*Salen CASIO y YAGO.*

YAG. No hay otro arbitrio: ella es quien ha de hacerlo

Y ved ¡oh dicha! A ella; importunadla.

DES. ¿Qué tal, buen Casio? Di ¿qué nuevas traes?

CAS. Mi antigua pretension, señora. Os ruego,

Dejad que vuelva yo á existir y ocupe,  
 Merced á vuestra intercesion virtuosa,  
 Algun lugar en la amistad del hombre  
 A quien con alma y corazon venero.  
 Premura os pido. Si es mi culpa tanta,  
 De tan fatal carácter que no basten  
 Pasado celo, ni pesar presente,  
 Ni intencionados méritos futuros  
 A rescatarme su amistad pasada,  
 Sépalo al ménos, y tendrélo á dicha;  
 Revestiréme de forzado gozo,  
 Y una limosna pediré á la suerte  
 Por otra senda.

DES. ¡Ay! ¡más que honrado Casio!

Mi advocacion no suena acorde ahora.  
 Mi dueño no es mi dueño, y si de rostro  
 Como de humor mudado hubiese, nunca  
 Le conociera. Así me den amparo  
 Los santos todos, como en favor tuyo  
 He intercedido lo mejor que pude,  
 Hasta erigirme en blanco de su enojo  
 Por atrevida. Es menester paciencia.  
 Haré lo que pudiere, y más que osara  
 En propia causa haré. Que eso te baste.

YAGO. ¿Está enojado el general?

EMI. Há poco  
 Se fué de aquí, por cierto muy airado.

YAGO. ¿Será posible? He visto los cañones  
 Crudos volar sus filas en el aire,  
 Y arrebatár, cual diablos, á su mismo  
 Hermano de su lado. ¿Él iracundo?  
 Debe ser cosa grave: Iré en su busca.  
 Motivo habrá, cuando él está enojado.

DES. Hazlo por Dios. (Vase Yago.)

Sin duda algun negocio  
 De Estado, ó de Venecia, ó trama oculta  
 Que ha descubierto en Chipre, habrá enturbiado  
 La límpida corriente de su alma;

Y en tal caso coléricos los hombres  
 Riñen con cosas inflamas, áun cuando  
 Las grandes causa de su enojo sean.  
 Pues, en efecto, si nos duele un dedo,  
 Igual dolor experimentan pronto  
 Los otros miembros sanos. No, los hombres  
 Dioses no son, ni es justo que exijamos  
 De ellos nupcial ternura. Bien merezco,  
 Emilia, que severa me censures  
 Por falta de estrategia: denunciaba  
 Ya el alma su aspereza, y veo ahora  
 Que soborné yo misma á los testigos,  
 Habiéndole culpado injustamente.

EMI. Dios quiera que de Estado asuntos sean,  
 Cual vos pensais, y no algun vano antojo,  
 Ó celosa sospecha á vos tocante.

DES. ¡Calla por Dios! Jamás le dí motivo.

EMI. Así no se convence á los celosos:  
 No por tener motivo, tienen celos;  
 Los tienen porque sí: son como monstruo  
 Que es engendrado y nace de sí mismo.

DES. Dios quiera que jamás la mente ocupe  
 De Otelo monstruo tal.

EMI. Amen, señora.

DES. Iré en su busca. Casio, no te alejes.  
 Si está de humor activaré tu instancia,  
 Y nada omitiré porque la logres.

CAS. Con humildad, señora, os lo agradezco.  
 (Vánse Desdémona y Emilia.)

*Sale* BLANCA.

BLAN. Salud, amigo Casio.

CAS. ¿A qué has venido?  
 ¿Qué tal te va? di, hermosa Blanca mia.  
 A fe que iba á tu casa, niña, ahora.

BLAN. Y yo á tu alojamiento, Casio. ¿Cómo  
 Pudiste estar una semana entera  
 Sin verme? ¡Siete dias con sus noches!

¡Veinte veces ocho horas y otras ocho!  
 Y más pesadas que el reloj cien veces  
 Las horas cuenta el solitario amante.  
 ¡Oh triste suma!

CAS. No me riñas, Blanca.  
 Sufria en tanto bajo el grave peso  
 De mi honda pena. En hora más propicia  
 Sabré saldar la deuda. Hermosa Blanca,  
 Cópíame esta labor. (La da el pañuelo de Desdémona.)

BLAN. ¿De dónde, Casio,  
 Te vino este pañuelo? Es un recuerdo,  
 Sin duda, de una amiga más reciente.  
 Lloré tu ausencia, y más la causa lloro.  
 ¡En eso estás? Muy bien.

CAS. Calla, muchacha;  
 Y arroja tus sospechas en los dientes  
 De Satanás que te infundió tal duda.  
 Celosa, piensas ya que es un recuerdo  
 De alguna dama: á fe que nó, mi Blanca.

BLAN. ¿Pues de quién es?

CAS. No sé; lo hallé en mi cuarto:  
 Me gusta la labor; y ántes que vengan  
 A reclamarlo (cual vendrán sin duda)  
 Quisiera que copiaras el dibujo.  
 Tómalo, y hazlo, y déjame, te ruego.

BLAN. ¿Por qué dejarte?

CAS. Al general aguardo;  
 Y no es prudente, pienso, ni querria  
 Que con mujer me viera en este sitio.

BLAN. ¡Hola! ¿Por qué?

CAS. No porque no te quiera.

BLAN. Mas porque no me quieres. Te suplico  
 Que parte del camino me acompañes.

¿Vendrás temprano á verme por la noche?

CAS. Breve distancia puedo andar contigo,  
 Que estoy de espera. Nos veremos pronto.

BLAN. Muy bien: es fuerza orzar según el viento.

(Vánse.)